



Lectura

6.º de Primaria

El vecino del cuarto

Un cuento para leer sin preguntas detrás.



Durante casi dos años, Hugo estuvo convencido de que el vecino del cuarto le tenía manía.

Las pruebas eran abrumadoras.

Uno: nunca le devolvía el saludo en el ascensor. Ni una vez. Hugo decía «buenos días» y el hombre miraba los botones como si estuviera calculando algo muy difícil.

Dos: golpeaba el techo. No siempre, pero lo hacía. Tres golpes secos, normalmente por la tarde, cuando Hugo estaba en su cuarto.

Tres: una vez, en el portal, Hugo le sujetó la puerta y el hombre pasó sin mirarlo y sin dar las gracias.

Con eso cualquiera saca una conclusión, y Hugo la sacó.

Le contó lo del techo a su madre, que le dijo que bajara la música. Se lo contó a su amigo Óscar, que le dijo que golpeará él primero, para tocarle las narices. Se lo contó a su abuelo, que no dijo nada y se quedó pensando, que era lo que hacía siempre en vez de contestar.

La cosa cambió un jueves de marzo, y no cambió porque Hugo hiciera nada especial.

Cambió porque se estropeó el ascensor.

El aviso llevaba dos días colgado en el portal, y Hugo subía los cuatro pisos de dos en dos sin darle importancia.

Al llegar al tercero oyó un ruido raro en el rellano de arriba y subió a mirar.

El vecino del cuarto estaba sentado en el escalón, con dos bolsas de la compra a los lados y la respiración muy alta.

—¿Está bien? —preguntó Hugo.

El hombre no contestó.

Hugo repitió la pregunta más alto, y entonces el hombre levantó la cabeza, lo miró a la cara y dijo, muy despacio:

—Perdona. No te oigo. Tengo que verte hablar.

Hugo tardó unos segundos en entenderlo, y cuando lo entendió sintió algo bastante parecido a la vergüenza.

Le subió las bolsas.

En la puerta, mientras el hombre buscaba las llaves, Hugo le preguntó, esta vez mirándolo de frente y vocalizando:

—¿Por qué golpea usted el techo?

El vecino se rio, y fue la primera vez que Hugo le veía la risa.

—El techo no. El suelo. Tu techo es mi suelo.

—Ya, pero ¿por qué?

—Porque tengo el aparato viejo y a veces pita. Se llama acople. Cuando pita, doy tres golpes en el suelo con el bastón, para que la de abajo, tu madre, sepa que soy yo y no una obra. Se lo dije



hace años. A lo mejor se le olvidó.

Hugo hizo la cuenta mentalmente: dos años, tres pruebas, una conclusión, y todas falsas.

Lo del ascensor no era mala educación: era que no oía el saludo.

Lo del techo no era una queja: era un aviso.

Lo de la puerta del portal tampoco había sido desprecio.

—¿Y por qué no me lo dijo? —preguntó Hugo.

—Porque nunca me preguntaste nada —dijo el vecino—. Me saludabas de espaldas. Y de espaldas yo no sé si me estás hablando a mí o al móvil.

Aquella noche Hugo se lo contó a su abuelo, que siguió sin decir gran cosa, como siempre, pero que al final soltó una frase que Hugo recuerda todavía:

—Casi todas las historias que nos contamos de los demás las escribimos nosotros solos. Y encima las damos por buenas sin comprobarlas.

El ascensor lo arreglaron el lunes.

Hugo sigue subiendo con el vecino de vez en cuando, y ahora, antes de decir nada, espera a que el hombre lo mire.

No es gran cosa, un segundo de espera.

Pero en ese segundo caben dos años de historia equivocada.